

Los siguientes apartados de este capítulo se refieren a distintos temas de cultura material y animología pastoril: ajuar, alimentación, calendario, meteorología, diversiones, artesanía, construcciones y creencias. Finalmente, se recogen y comentan algunas opiniones y tópicos mantenidos en distintas épocas sobre los pastores.

La obra concluye con un capítulo final (el 7.<sup>o</sup>) titulado «Referencias pastoriles», cuyo material creemos que habría resultado mejor aprovechado de emplearse en los distintos capítulos anteriores. En estas últimas páginas se pretende «hacer un repaso rápido para comprobar cómo la actividad pastoril ha impregnado de contenido ganadero la toponimia, la religiosidad, el paisaje, el arte popular... y en general, todas las manifestaciones vitales de la zona» (p. 201). Tales referencias aparecen sin estructuración, incluyéndose datos, como los relativos a la extensión de algunos términos municipales, que no encajan demasiado bien. Ciertamente, este capítulo no es lo más apropiado para el final de la obra.

En definitiva, estamos ante un trabajo interesante que no pretende agotar el tema, ya que, como los autores señalan, sólo han querido presentar unos pueblos y unas gentes dedicadas de manera fundamental a una actividad que está en vías de desaparición. Para concluir, haremos alguna observación con la que únicamente pretendemos apuntar ideas surgidas de la lectura del libro. Resulta ciertamente extraña la ausencia de planos y mapas en la obra, ya que hubieran sido mucho más útiles e ilustrativos (al tiempo que baratos) que las fotografías.

También creemos que podría haber sido de gran interés el dedicar algún capítulo a exponer la experiencia metodológica y humana que supone estudiar el mundo pastoril formando parte de él, al haber sido los autores propietarios y pastores de ovejas durante algunos años. Lo que Elías y Muntión definen como «participación plena», frente a la tradicional «observación participante», podría dar lugar (quizás lo haya hecho ya) a una profunda e importante reflexión que, sin duda, sería de gran interés para otros estudiosos de la etnografía. Desde aquí les invitamos a que trasladen al papel impreso la citada experiencia.

LUIS ÁNGEL SÁNCHEZ GÓMEZ

BARLEY, Nigel: *El antropólogo inocente* (Barcelona: Anagrama, 1989), 234 p.

Este es, sin duda, uno de esos libros que pueden leerse en el tren para amenizar el viaje y quizá más de un viajero, absorto en la lectura, se pase de estación haciéndolo. El antropólogo inocente nos demuestra que una monografía etnográfica no tiene que ser necesariamente aburrida y que puede, además, constituirse en magnífica obra literaria sin perder su validez científica. Así nos lo han enseñado, ya, Clifford Geertz y otros al reivindicar las calidades específicas de la escritura del etnógrafo. Barley en su obra nos revela, de otro lado, la importancia de un humor que podríamos llamar literario en cuanto a estrategia distanciadora del antropólogo en ese quehacer suyo de traductor entre culturas.

Mediante una regocijante óptica humorística Barley consigue distanciarse de su propia solemnidad como aprendiz de antropólogo que va a someterse a la «gran prueba» del

trabajo de campo. Para él esa experiencia fue una especie de purgatorio que, sin embargo, le enseñó no pocas cosas sobre su profesión y sobre sí mismo. Como el propio Barley advierte, un estudiante no es necesariamente un buen investigador, de la misma manera que un buen investigador no es necesariamente un buen enseñante. Sin embargo, nuestro sistema universitario da por sentado que la misma persona debe reunir esas tres cualidades.

Barley realiza, a golpe de humor, un análisis implacable de ciertas prácticas de la antropología actual desmitificando esos tópicos de la profesión según los cuales el aspirante a antropólogo ha de irse todavía a la «selva», sea ésta lejana o próxima, tras su formación teórica y sobrevivir a tal experiencia. Luego, pasado ese bautismo de fuego, traerá entre sus manos una tesis más que le hará profesional de su disciplina. Barley ironiza sobre la forma casi mística en que sus colegas hablan del trabajo de campo, envolviendo a la misma con un «resplandor rosado de experiencia romántica». El estilo descriptivo del autor resulta perfectamente adecuado a su planteamiento crítico: es imaginativo, plagado de metáforas audaces, caricaturesco hasta lo esperpéntico. Lúcidamente, Barley se ríe de las situaciones ridículas en que él mismo se ve envuelto al cumplir esa especie de rito iniciático del trabajo de campo. Incliniéndose hacia el tono desenfadado de los libros de viajes, Barley se permite generalizaciones excesivas, pero nunca superficiales, sobre el comportamiento de las gentes de distintas culturas. Dice, por ejemplo, que «el público del lugar había aprendido de los franceses a abrirse paso a empellones».

Nigel Barley satiriza, también, sobre esa pretensión de algunos investigadores de aprender una lengua extranjera en un par de meses «contra toda experiencia lingüística conocida». Al tiempo, critica ese afán por lo exótico que ha movido durante decenios a antropólogos y folkloristas a elegir, como objeto de estudio, a las aldeas más remotas y salvajes. En este sentido, Barley arremete contra esa pretendida aceptación del curioso impertinente que el antropólogo suele ser por parte de sus estudiados: «De la pluma de personas que deberían conocer la realidad han salido muchas tonterías sobre la aceptación del antropólogo. A veces se sugiere que un pueblo extraño puede considerar al visitante de distinta raza y cultura muy similar a sus propios miembros en todos los aspectos. Ello, por desgracia, es poco probable. Seguramente, lo más que uno puede esperar es ser tenido por un idiota inofensivo que aporta ciertos beneficios a la aldea: es una fuente de ingresos y crea empleo».

La metodología del antropólogo en su trabajo de campo es, asimismo, puesta en tela de juicio por Barley. Aunque el autor, de acuerdo con el tono del libro, exagera en cierto modo, no anda muy desencaminado cuando afirma sobre la recogida de datos que «la prevalencia de los datos factuales en las monografías antropológicas deriva no del valor intrínseco de éstos, sino de la actitud que tiene como lema: en caso de duda, recoge datos». Hay que elaborar una tesis como sea —necesidad que, por ejemplo, ha caracterizado muchos de los estudios de los antropólogos anglosajones en España— y el «pecado» de Barley reside, precisamente, en la sinceridad con que cuenta lo que tantos etnógrafos han ocultado. Pero como bien señala Alberto Cardín en su prólogo a este libro, la ironía de Barley no destruye la credibilidad en su profesión. Por el contrario, Barley se nos muestra como un etnógrafo capaz en su doble condición de divulgador de la antropología y «hábil penetrador —según las palabras de Cardín— de la opacidad de las culturas».

Dice Nigel Barley que su tesis fue un «anti-trabajo de campo», porque, entre otras cosas, no había viajado en el espacio, sino en el tiempo. Pero no por eso su obra deja de ser verdadera etnografía. De hecho, el procedimiento que critica le sirvió para prender de sí mismo y de su profesión realidades fundamentales que, hasta entonces,

ignoraba. Barley acertó, por último, a comunicar esa experiencia, casi nunca contada, con todo el humor y autocrítica que exige de nosotros para llegar a ser fructífera.

Este es, en definitiva, el libro que todos los aprendices de etnógrafo deberían conocer.

LUIS DÍAZ